

y otro de Perales

(ALBALA Y VELO)

I

Creo fué en un poeta esclavo donde lei que el paisaje que mejor conocemos no es aquel visto una vez con los ojos de la carne, sino el contemplado con la ilusión del alma. A través de otras miradas amigas, es como he visto yo a Coria, la de las riberas del Alagón; y quizá para confirmar el juicio del poeta, Coria es para mí joyel amigo, acariciado muchas veces en la obra de dos poetas amigos: Albala y Velo.

Cuanto de Coria yo sabía lo lei en el libro de un hermano del poeta, de Gervasio Velo. Allá aprendí que en su cinto se alza aún la muralla romana mejor conservada de que hay noticia; que cuatro puertas la comunican con el ayer del pasado y con el afuera de la geografía; que fué presa de moros y cristianos; que sirvió de escenario a tragedias legendarias cual la de la familia Dávalos; que tuvo milicia y clerecía, soldados y obispos, judíos y mercaderes, toda la gama pollicroma del universo medieval en que parece haberse parado su reloj histórico.

Siendo ahora, en el recodo central del siglo XX, cuando dos poetas escriben dos libros, a los que quisiera glosar un recuerdo.

II

Pepe Velo no nació en Coria, sino en Perales, pero puede considerarse cauriense incluso por la geografía. Yo le conocí hace años en aquellas inolvidables y a las veces ariscas tertulias del Ateneo de Madrid, por las que él paseaba su ironía y su extremeñismo. Y fué allí, en el propio Ateneo, donde le escuché recitar algunos de los versos juguetones y exquisitos que ahora va a editar bajo el título de «Fabulario boreal».

Cuando los leas, lector que a mí me lees, desvendarás el paño de tu alargura y reirás con la mejor de tus sonrisas. Hay en ellos cierta alegría casi me atreveré a decir que salvadora, por la manera en que pulsa las tristezas diarias y los defectos humanos; hace Velo gala de una delicadeza, tanto más acusada cuanto más aparentemente bronca; echa mano de adminículos tan inesperados, uniendo en hilarante conjunción cosas tan dispares como el médico, el enfermo, el piramidón, el termómetro y el reloj de pared, por no recordar más que una de sus fábulas; y rodea todo de una frescura tan holgada en el versificar, de un displicente regusto por la anomalía y de una tan llana tersura espiritual, que pocas empresas semejantes se vieron coronadas de tanto éxito, ni pocos libros de esa índole habrán de leerse con mayor agrado.

Tiene mayor mérito esta poesía zumbona e intencionada si se considera ha venido siendo lugar común tachar a los extremeños de rudeza intelectual. Ya quisiera ver yo a la par de Velo a los más agudos versificadores de otras partes. Es tal la sal humanísima y tal el derroche de elegantes picarescas, que nos anda caminos adelante por senderos en los que se nos negó la entrada.

Sin que este matiz excluya otros aspectos. El sazonado aquilatamiento de temas políticos que entraña la profunda conseja de El cañón y la pistola, de tanta actualidad en este cacumen temporal del siglo XIX; el quijotismo burlesco, pero siempre a la postre quijotismo, con que enarbola su lanza poética—de puntas tan finas—en defensa de la calumniada cigarra, en su saladísima composición de La cigarra y la hormiga; la españolísima realidad del elogio póstumo al vituperado mientras vivió, que es el tema de la titulada nada menos La horchata, la naranjada, la zarzaparrilla y la coza-cola, son otros tantos motivos de meditación sería que Velo sugiere al pasar entre muecas de risa, una risa que bien meditada pudiera trocarse en trágico sarcasmo.

Por joya poética, por tesoro de gracias nuevas y por manual de meditación moralista pasará al futuro este espléndido Fabulario de un poeta que yo siempre disputaré cauriense, aunque exactamente no lo sea por el lugar del nacimiento.

Francisco Elías de Tejada y Spínola

Catedrático de la Universidad de Salamanca

EXTREMADURA Viernes 20 enero 1950

Un poeta de Coria y otro de Perales

(ALBALÁ Y VELO)

III

Quienes crean quedó agotada la veta poética de Extremadura por habérselo repartido un premio nacional de poesía los dos poetas extremeños Joaquín Montaner y José María Valverde, deberá apearse de esa opinión cuando lea el libro de poemas Desde la lejanía, que acaba de publicar otro poeta de Coria, Alfonso Albalá Cortijo.

Conoci a Albalá en mi cátedra salmantina, cuando él acudía a mi clase de derecho natural, recién salido de las aulas del bachillerato. Colocábase siempre en el segundo banco y más de una vez calé a lo largo de las explicaciones aquella su mirada perdida en los sueños del infinito, mirada de presente ausencia y de curiosidad lejana. Cuando he leído Desde la lejanía lo he comprendido todo perfectamente: es que Alfonso Albalá es un poeta.

Y gran poeta. Con ser estas páginas promesas solamente, son ya madura perfección. Gústame en sus versos sobre todo la fuerza del ritmo, a veces dura. Vibra cuando escribe, tal vez porque pone la entera energía del alma en los recuerdos fragmentarios que relata. Son versos de un poeta de hierro, que contrastan en gran manera con su tempero dulce y sentimental. Tal vez ni él mismo se habrá dado cuenta de que sus palabras, pese a sus personales intenciones y aun en contra de ellas quizás, suenan a toque de rebato.

A toque de rebato en comarcas de ilusión y convocando ejércitos de soñadores, es verdad. Pero no por eso menos vivos.

Y la razón es muy sencilla: Alfonso Albalá ha sentido el alma de Extremadura al sentirse a sí mismo en estos versos. Yo no soy crítico literario, ni entiendo de estas cosas menudas atañentes al detalle erudito o a la sagaz exégesis. Para mí, en la poesía como en la pintura, el valor artístico de un verso o de un cuadro se halla en proporción directa de la emoción que en mí hayan suscitado. Cuando hable de versos o de cuadros, no me preguntéis por las razones de mi juicio, pues solo sabré deciros los motivos de mi sentimiento.

Y los sentimientos despertados en mi alma por este libro de poesías de Alfonso Albalá tienen dos motivos cardinales: la sugerencia íntima con que evoca situaciones en las que yo mismo caí, y la perenne entraña de la Extremadura madre que en sus palabras se abre a la caricia del sol.

Hay una hermandad muy sincera, pese a los años que nos separan, entre los sentimientos de Albalá y los míos.

Yo, como él, odio las ciudades populosas y siento el dolor de las cosas que hay en ellas, porque allí todo es tedio y bajeza, chabacanería y canalla, cobardía y afán de medro; en tan alto grado que hacen desaparecer la faz de Dios. Como Albalá también

«tengo compasión de las cosas.

¡Esta compasión que dan los hombres

olvidados de Dios en las ciudades!

Esta tristeza que me dan los hombres

anclados en el humo del casino

—como gotas de hastío—amodorrados

sobre el rojo tapiz de los divanes».

Como él, asimismo, busco la mano amiga que un día llegó en propicia coyuntura y sin embargo no me fué tendida; aquella que no sé quién es a fuerza de saberlo y que mi alma precisa con afanes. Como Albalá también puedo decirlo:

«Tengo necesidad de ti,
y aún no sé quién eres».

Y, finalmente, comulgo en su pasión de Extremadura, aunque no haya tenido la fortuna de nacer en la «soledad amurallada» que se retrata—cuando se retrata—en las líneas del Alagón. Palpito igual que Albalá en la monotonía austera de la tierra nuestra, tan infinitamente monótona como el verso de cuaderna vía en que él la canta, vista asimismo a lo cristiano y en funciones emuladoras de la Castilla capitana, sedienta y paramera, de santos y de conquistadores. Creo que el mejor juicio de las impresiones personales y extremeñas que despertó en mí este libro maravillosamente penetrante que ha escrito Albalá, será concluir mi glosa con los mismos versos suyos, que en este punto me acercan al poeta al resumir nuestra coincidencia con la patria:

«Esta es mi tierra, tierra madre, Extremadura,
árida tierra, seca, reseca, tierra dura,
tierra sin horizontes, horizontal llanura
que da a mi angustia vertical, ansia de altura».

Ese ansia que es cabalmente el programa que anima a cuantos nos reunimos a laborar en los Seminarios de Estudios Extremeños.

Francisco Elías de Tejada

Viermes 27 enero 1930